

sin lugar a dudas el naturalismo de El Bosco: «Una cosa oso afirmar de Bosco, que nunca pintó cosa fuera del natural en su vida, si no fuera en materia de Infierno o Purgatorio, como dicho tengo. Sus invenciones consistieron en buscar cosas rarísimas, pero naturales, de manera que puede ser regla universal, que cualquier pintura, aunque firmada de Bosco, en que hubiese monstruosidad alguna, o cosa que pase los límites de la naturaleza es adulterada y fingida, si no es, como digo, en sí Infierno o materia de él.» Propone ya el introductor de El Bosco en España la necesidad de atribuirle con cautela este tipo de pinturas: «Esto que Gerónimo Bosco hizo con prudencia y decoro lo han hecho y hacen otros sin discreción y juicio ninguno; porque habiendo visto en Flandes cuán aceptado era aquel género de pintura, acordaron de imitarle, pintando monstruos y desvariadas imaginaciones, dándose a entender que en esto sólo consistía la imitación de Bosco.» Atinado comentario, sin duda, el no cifrar en los *monstruos* todo el estilo bosquiano. Empero podrían oponérsele al escritor ejemplos de *cosas fuera del natural*, y no encuadradas en lo infernal de que habla Guevara, como muchos de los animales del *Paraíso* de *El jardín de las delicias*. El *realismo* de Bosch sería una consecuencia a nivel estético de su *moralismo*, respuesta en todo caso perfectamente comprensible, con la que se posibilitó la asimilación de un artista único por un país y en unos momentos que no eran los más apropiados para alcanzar el éxito en tal empresa. Ese éxito, sin embargo, acabó por lograrse, pero por los medios algo *sui generis* que hasta aquí hemos trazado.

Enrique Martínez Miura

## Juan Rulfo, última palabra

Se fue. En silencio, por los caminos polvorientos, esperando paciente el tiempo de ser amado, la mirada amistosa, el reconocimiento sencillo en su persona. Y la consagración le vino para separarlo, poco a poco, fuera de la vida, dejándolo sin presente, como un fantasma suspendido en el rito de la gloria, del olvido.

Su voz tronó en la noche de los siglos. Sus pocas palabras incendiaron los llanos desolados como brasas insospechadas. Era demasiado. Ya no podía escucharse más. Entonces, se le levantó el enorme pedestal que lo colocaba en la inmovilidad del metal, de la piedra. Eso permitía guardar en paz el laberinto de nuestros fuegos interiores

y la ilusión de nuestra tranquilidad. Y, a cambio, se le entregó como herencia calcinante, una tierra de silencio, un llano helado.

Juan Rulfo fue consagrado como mito viviente, y debió vivir reducido a la dimensión de un símbolo, como un ser inexistente en la región de lo sagrado, su propia vida de todos los días. Extraño y conmovedor peregrinaje el de su vida. Adolescente, en la exaltación de la vida y la desesperanza, escribe para salir de la soledad, y el reconocimiento oficial le llega como un velo para aprisionar su voz y hacerlo volver a la soledad, confinándolo al silencio, en otro mundo, sin acceso, desconcertado, con los ojos tristes, en el que ya no se le puede tocar ni considerársele viviente, separado para siempre. México, erigiéndolo en monumento nacional con todos los honores, sin saberlo quizás, en realidad lo excluye de la vida en una cripta gloriosa de elogios y veneraciones sin fin, perennizando su nombre y abandonando al hombre en el olvido.

Yo he podido ver su desgarramiento sincero entre la palabra detenida y la presencia de nostalgias que le reclamaban su voz, y un gusto terrible de tristeza y desamparo entre las manos. Su música interior, inusitada, antigua, y como una dificultad a su alrededor para escuchar todavía las historias que nos podía contar.

Así vivimos los hombres, inocentemente, sumergidos en nuestros temores oscuros que nos apartan de la verdad que nos quema y hace un surco, continuando nuestro camino sin tregua y sin rumbo. Afortunadamente, seres como Juan Rulfo existen, como un hermano, para recordarnos ese sabor necesario de la Verdad y el perfume frágil de la pureza, depositario de la conciencia y del tiempo, aunque eso le ha costado una parte de su vida.

Ahora, él ha vuelto simplemente a los tiempos en que el tiempo no existe, a la tierra amada, al mar que sigue su curso, al canto de los pájaros. A la niñez y a la nostalgia.

Estaba ahí, sentado. Pez asustado, tierno. Su voz suave marcada por el tono del hablar de los indios. Habla poco, meditado. Me contaba su palabra sencilla, no más. Los ojos en el tiempo.

«Sí, escribir. Necesito pisar tierra, necesito ubicarme para escribir. Cualquier cosa, necesito siempre trasladarla a un lugar para darle vida, y en cuanto quede vida, ya entonces yo le sigo. Eso me lleva por caminos que yo ignoro.

El paisaje que corresponde a lo que yo escribo es la tierra de mi infancia. Ese es el paisaje que yo recuerdo. Es la atmósfera de ese pueblo en que viví que me ha dado el ambiente. Ubicado en ese lugar me siento familiarizado con personajes que no existieron, o que quizá, sí.

Guardo una gran nostalgia por la infancia y el lugar donde viví de pequeño. Por aquellos años que no se pierden nunca. Después, cuando uno vive en la realidad, frente a la vida, estamos obligados a ver que las cosas no son como uno creía. Uno se encuentra con otra realidad. La nostalgia ha sido una especie de impulso para recordar ciertas cosas. El hecho de querer evocar esos años es lo que me ha obligado a escribir. «Yo tengo que contarles esas cosas, vengo de tal lugar que Uds. no conocen pero yo voy a contarles lo que ha sucedido allí».

En la capital, durante mi adolescencia, yo sentí la soledad, una soledad muy grande. Fue el desamparo, la desesperanza, la falta de comunicación con los demás que me im-

pulsaba a escribir. Yo necesitaba recordar aquellas cosas para comunicarlas a mí mismo. En esa época escribí una primera novela sobre la soledad, la destruí, era muy retórica y adjetivada. Teníamos una influencia española muy marcada, los textos que leíamos de literatura española eran muy recargados. Estéril, una especie de ornato que se consideraba muy discursivo. A mí me parecía un poco absurdo. Fue muy negativo, a eso se debió el retraso de la literatura latinoamericana hasta comienzos de siglo. Yo quería ir a lo directo, a la sustancia. Yo llegué a odiar la literatura por reacción contra ese acartonamiento que imponían las reglas. Por eso quizá, yo utilizo personajes sencillos, personajes de pueblo, pueblerinos, y no personajes urbanos, como un rechazo.

A mí, la ciudad no me dice nada, a pesar de que he vivido más de 40 años en una ciudad. Estar con todos esos intelectuales con los que uno se siente realmente la pura discusión vana, hueca, fofa, sin fondo. Los personajes de mi infancia son modestos, la forma en que se expresan es una forma sencilla, por eso, tal vez, el vocabulario que yo he empleado al escribir sea tan pobre, de gente quizás hasta simple.

Cuando volví al pueblo de mi infancia, me encontré con un pueblo abandonado, un pueblo fantasma. En México existen muchos pueblos abandonados. Yo ya tenía en mente la idea de *Pedro Páramo* y un pueblo en el que habitan seres que puede decirse que ya son seres agonizantes, las almas que siguen viviendo, me dio la idea, ya de plano, de pasar a los muertos; la historia de un pueblo donde los personajes que hablan, que se mantienen aún, que funcionan, están muertos. Y el hecho de que los muertos no viven en el tiempo ni en el espacio. El problema en la vida es el tiempo. Yo entiendo que la vida no es una progresión cronológica, vivimos en fragmentos. Hay momentos vacíos, días. La vida no es maravillosa, está llena de maravillas, no es total, sino que está fragmentada; llena de hechos pero no de un solo hecho. No vivimos una continuidad, a veces pueden pasar años sin que suceda nada. Cuando se trata de narrar, solamente cuentan los hechos, cuando no sucede nada, viene un silencio, como en la vida, y sólo se guardan ciertas épocas, un tiempo constante, un presente constante. *Pedro Páramo* es una novela llena de silencios, sólo los hechos están narrados, yo trataba de no divagar, de no filosofar, por eso hay esos hilos colgando, vacíos que puede llenar el que lee y dar la interpretación que quiere. Yo prefiero que haya muchas interpretaciones. El que no tiene ningún punto de vista soy yo.

En los últimos años en México yo me he sentido un poco aislado, apartado, un poco fuera de conjunto. Las nuevas generaciones de escritores lo ocupan todo. Se ha llegado a una literatura «profesional», hay que escribir a la moda. Se escriben tantas novelas que son como llamaradas, como llamazos, que el escritor se ve obligado a escribir otra novela más para aclarar la anterior, y así es que se pierde y ya nadie se acuerda más de él. En mi generación se daban escritores con menos obras quizá, pero que aún permanecen. Hoy se usa un lenguaje que pasa de moda en cada estación. Un mundo aparte para mí. Entonces uno se siente un poco al margen y hace sentir que lo que uno puede publicar tal vez parezca ya viejo, ya caduco. Uno pierde el impulso de escribir y se siente rechazado.

En mi generación casi no había editoriales, costaba mucho trabajo publicar un libro y si se editaba era en pocos ejemplares. Cuando apareció *Pedro Páramo*, nadie lo enten-